



Escojo esta foto porque ilustra a la perfección la respuesta a una incógnita. Sobre la presa de hormigón que refuerza el canal que lleva agua al Molín de Adela está Ricardo. Está parado, mirando a la cámara. La foto la hace su hermano Silvino. En realidad es una foto de la cámara del teléfono móvil, que comparte conmigo con la inmediatez que permite la tecnología. El verdadero motivo de la foto no es Ricardo, sino lo que acaban de destapar, hecha la última limpieza con la escoba que todavía tiene en las manos. Es, ahora hay que fijarse un poco, un nombre escrito, grabado en el hormigón del muro:

ALFREDO

Estas letras eran un misterio para nosotros hasta hace poco. La primera vez que las vi fue hace unos años, en la época posterior al accidente Ricardo, cuando se reformó la casa familiar.

Retrocedamos a los años cuarenta del siglo pasado. La casa familiar va ampliándose y mejorándose, hasta convertirse en una casa con corredor, cuadra y tenada. En plena posguerra civil es una casa próspera gracias al esfuerzo de Adela y su familia, que complementan la economía ganadera y agrícola con los ingresos que proporciona el Molín al fabricar harina para las mulas de la minería de montaña, que acaba de transformar el paisaje del pueblo: hay que imaginarlo con el tren minero, el río negro pero de carbón, las minas produciendo, las casas llenas de gente, la escuela de niños, los prados de vacas, las huertas de maíz, patata y escanda.

Adela era fuerte, trabajadora y decidida. Generosa. Muchos, que eran niños cuando ella era joven, recuerdan su cariño cuando iban camino de la escuela - los de la carretera brincaban por el caleyón con el tiempo justo para llegar a la hora - y otros su vaso de leche o su plato de fariñes, que a veces conseguían en pago de algunos trabajillos para ella o su hermano, en un pueblo donde en algunas casas escaseaba la comida y en

ninguna sobraba nada a nadie. Era la época de arrancar carbón dentro del monte, y el destino más fácil para un chico en Agüeria era la mina, que deparó a muchos una muerte temprana, enfermedades, secuelas de accidentes. Menos a los que tuvieron suerte o pudieron escapar de alguna forma, y una de ellas era irse del pueblo a estudiar con los frailes, en el expreso y portando una maleta de cartón.

Unos de ellos, igual a todos los demás en mucho y a la vez diferente en su exquisita sensibilidad, se acabó convirtiendo en un dibujante excepcional, con una carrera larga en el tiempo y ancha por el mundo. Hace poco escribió sus memorias, “La ventana de Atrás”. Esa ventana era la de su casa del pueblo, que es capítulo fundamental de ellas, donde se refleja su infancia y también la vida de Agüeria en la época. Os recomiendo su lectura, sus historias están hechas con los mismo trazos depurados y llenos de contenido de sus dibujos. Una exposición en el Museo Barjola de Gijón nos acaba de descubrir este libro, y al leerlo nos sorprende el retrato animado del lugar: animado, sí, pues la mezcla de relatos y dibujos está viva y su lectura nos traslada en el tiempo como un sortilegio.

Y Silvino, al leerlo, repara en una de las “trastadas” de la infancia de este hombre. Se me está olvidando poner su nombre, Alfredo González, hijo de Cándido y Araceli, que tenían su casa pegada a la carretera. A Alfredo le gustaba hacer dibujos y poner su firma y la fecha donde podía, nos cuenta. Qué sitio tan tentador un hormigón todavía sin fraguar, el que acaban de verter para reforzar la presa del molín de Adela. Al parecer dejó también la huella de la alpargata, esa está por encontrar.

Así que ya lo tenéis, ése era el Alfredo que firmó el muro, hace ahora más de setenta años. A veces el barro que baja en las crecidas tapa la firma, pero aún sobrevive. Esperamos que si no es para siempre, que perdure tanto como otras obras de los hombres. Me enseñaron que el hormigón es un material moderno, y se desconoce lo que puede durar: conservamos obras de antiquísimas civilizaciones, pero no sabemos qué sucederá con el hormigón.

Alrededor del molín sigue habiendo un paisaje vivo, aunque diferente ahora del que vieron los ojos de este niño. Donde pasaba un tren minero, pasan ahora caminantes con ropa de colores. Las minas de montaña están cerradas, se conservan algunos restos pero cuántos están entre la maleza. No hay mulas, sino coches. Las escuelas están vacías. Casi nadie baja por el caleyón. El molino sigue moliendo harina, pero para alimentar la memoria de otra época. Los niños llegan de visita en autobuses, desde colegios de otros pueblos, o vienen de vacaciones para estar en las casas de sus abuelos, y sólo entonces el río y el campo de la escuela recuperan parte del bullicio de antaño. De ese paisaje los personajes salimos y entramos, otros están ya allí para la eternidad.

Este paisaje vivo, compuesto de elementos fijos y a la vez en movimiento: montes, pueblo, río, puente, molino, gente; mientras perdure el muro de la presa, llevará la firma de ALFREDO.